

Humanidades, valores y la búsqueda de un mundo mejor

Es frecuente escuchar protestas, sobre todo de las personas mayores, acerca del mal comportamiento de las personas. Que prima el egoísmo y que la gente ya no se ayuda. Que hay demasiada soledad no deseada y muy poco cuidado de los vulnerables. Que hay poca educación y que todo el mundo va “a lo suyo”.

Lo cierto es que los comportamientos insolidarios, egocéntricos, centrados sólo en los intereses particulares, las aproximaciones con una mirada parcial y limitada, que no toman en consideración los aspectos relacionales y globales, las actitudes irresponsables que no atienden a las consecuencias de las acciones o las actuaciones dogmáticas que no son capaces de tolerar la diferencia y la pluralidad de opciones, muestran una situación que es preciso evitar porque conduce a una sociedad de enemigos, abocada a su propia destrucción.

Sin embargo, este diagnóstico, que parece propio de nuestra época, se ha planteado en ocasiones anteriores, en las que también ha habido quienes han dado la voz de alarma ante lo que consideraban un deterioro de la sociedad. Baste mencionar la conocida obra de J. Ortega y Gasset titulada *La rebelión de las masas* (1927), en la que afirma que los seres humanos que se sitúan en lo que denomina “hombre-masa” —una suerte de grupo mayoritario y transversal en el que aparecen hombres y mujeres, de distinta condición—, son heterónomos y rigen su vida por criterios convencionales. Sin embargo, están convencidos de su autosuficiencia y también de su “sabia ignorancia” pues creen saber de todo y tienen opinión de todo, sin hacer esfuerzo por escuchar o aprender, confiados de la validez de sus ideas. Estas personas son fácilmente influenciadas por factores externos pues se dejan llevar por la corriente. Lo que, en el mundo actual, probablemente es más visible a través de las redes sociales. Además, ese conjunto en donde el individuo llega a desaparecer subsumido en el grupo, disuelto en una colectividad que piensa por ellos, actúa conforme a lo que está de moda o lo que se impone en el grupo. Parece, pues, que, hace casi cien años, la sociedad, o una buena parte de ella, mostraba los mismos rasgos que hoy en día.

Quizá es que no hemos entendido que el ejercicio de la libertad tiene que ver con adoptar una actitud transformadora para que el mundo sea mejor, ser muy consciente de lo que se hace, cómo se hace y qué consecuencias tiene, porque actuar meramente por el propio interés es infantil y a la postre destructivo, mientras que promover valores, desde la autonomía personal, que puedan generar un bien común es algo que demuestra madurez moral y que ayuda a que la humanidad en su conjunto, y cada uno de nosotros en particular, pueda seguir adelante.

La clave para lograr esta madurez moral, que parece ser tan escurridiza y difícil de alcanzar, está en la educación. Esta es también la idea que defiende M. Nussbaum, para quien las humanidades son la clave de la educación. En una de sus obras, *El cultivo de la humanidad*, insistía en el poder formativo de las disciplinas humanísticas y, por tanto, en la necesidad de su promoción. Las humanidades cumplen una función social tripartita: por un lado desarrollan la habilidad socrática de examinarse a uno mismo y pensar de forma crítica, en segundo lugar, permiten pensar los problemas del mundo en un contexto más amplio, desde el punto de vista de la historia, las religiones o las culturas, y finalmente, promueven el cultivo de la imaginación que, como una forma de empatía intelectual, permite ver el mundo a través de otros, lo cual ayuda a salir de uno mismo y a tener una perspectiva más completa de la realidad.

En su libro *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Nussbaum plantea la idea de que hay una crisis que no es económica, sino educativa. Esta es una “crisis silenciosa”, que pasa prácticamente inadvertida, y que recorta, arrincona y en muchos casos expulsa las disciplinas humanísticas de los planes de estudio. Precisamente esos saberes que enseñan a aplicar el pensamiento crítico necesario para actuar independientemente y para desarrollar una inteligencia capaz de evaluar, y, en su caso, enfrentarse, al poder y la manipulación. Nuestra sociedad, obsesionada por lo técnico y por lo que tiene utilidad inmediata y/o produce beneficios mercantiles, olvida los fines importantes. Como ya denunciara la escuela de Frankfurt, nos quedamos con la mentalidad estratégica, olvidándonos de la racionalidad emancipadora, sustituimos a las personas por los bienes. Y, en ese escenario, las humanidades son consideradas ornamentos inútiles.

Nussbaum es muy severa en el diagnóstico de esta situación que afecta tanto a la calidad de la educación como a la de la democracia. Sin una educación que incluya la historia, las artes y las letras, piensa que no es posible configurar las cualidades necesarias de los buenos ciudadanos: la primera, la de analizar los hechos para evaluar y, en su caso, cuestionar la autoridad. La segunda, la habilidad de verse como sociedad, no como un conjunto de individuos, lo cual implica la posibilidad de observar con respeto lo bueno y lo malo de otros entornos.

Y la tercera, la capacidad de ponerse en la piel del otro, en orden a entenderlo más que a derrotarlo o dominarlo. Una capacidad que resulta crucial para constituir lo que llama verdaderos "ciudadanos del mundo", preparados para entender la propia nación como parte de un orden mundial complejo cuyos problemas y diferencias deben resolverse por medio del diálogo y no de la guerra, y comprender las culturas y los ámbitos extraños en un planeta más integrado que nunca. Todo esto, nada más y nada menos, es lo que aportan las humanidades.

Si la enseñanza puede y debe hacer algo es, además de contribuir a la mejor formación posible, promover actitudes de respeto y responsabilidad. Y para ello es útil una llamada a la reflexión sobre los valores que dan sentido a la labor que cada uno realiza, un énfasis en que hay que comprometerse valientemente con el mundo, y que hay que intentar ser excelentes.

Pero la educación no es sólo tarea de las escuelas o las universidades, tiene que ver con la actitud de la sociedad, porque el "clima moral" de la misma es lo que más influye en las nuevas generaciones. Este ambiente tiene que ver con los modos de actuar, con los hábitos y costumbres que cada día van configurando un cierto modo de hacer las cosas. En las actitudes, decisiones y acciones de cada día se muestra un modo de ser y un comportamiento, que desvela lo que se considera importante y lo que no, evidenciando los valores subyacentes.

La sociedad, los medios de comunicación, las instituciones, los colectivos profesionales, etc. pueden contribuir en gran medida a promover ciertos valores o actitudes, de modo que el clima general sea más de respeto y solidaridad.

Pero conviene recordar que la sociedad, y los grupos e instituciones que la configuran, está compuesta de personas, cada una de las cuales tiene un compromiso y una responsabilidad consigo misma, con su profesión, y con la sociedad en su conjunto. El compromiso con los valores es una clave esencial de la actividad profesional, supone un ejercicio de responsabilidad con el servicio que se presta y dota de sentido a la tarea que se realiza. La actuación en entornos complejos exige una prudente observación de los valores implicados a fin de tomar decisiones prudentes.

Por eso, la humanización no es sólo un conjunto de acciones para desarrollar las tareas profesionales, es una responsabilidad personal y de las instituciones. Es un eje transversal que tiene que ver con un compromiso con la humanidad. Es algo que se traduce en las acciones cotidianas, en la elección de la amabilidad como actitud básica para relacionarnos con el resto de las personas, en el cultivo de los valores que promuevan el desarrollo, la libertad y el bienestar de todos. Este es el único modo de promover el florecimiento de la humanidad.

Lydia Feito

Profesora de la Facultad de Medicina
Universidad Complutense de Madrid

